

# Acequiñas

AÑO 22 Otoño 2019  
UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN

REVISTA DE DIVULGACIÓN  
ACADÉMICA Y CULTURAL

79

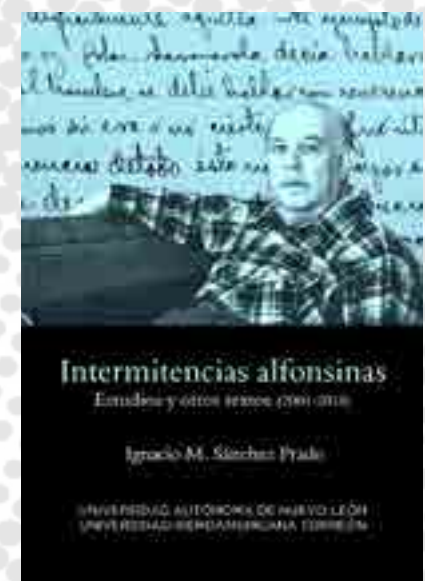
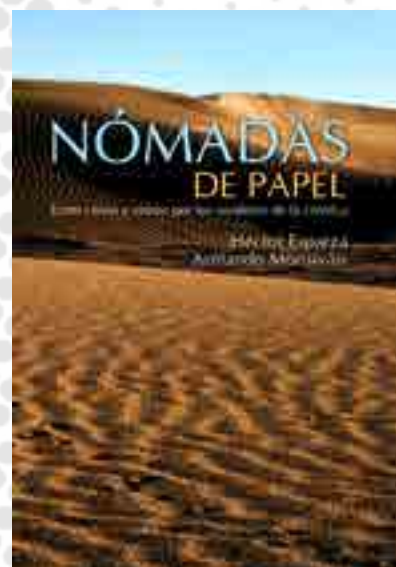
Violencia contra uno  
mismo: juventud y suicidio

El Estado criminal

Un grito contra el racismo

+ ensayos, reseñas y poesía





EDICIONES Y COEDICIONES RECIENTES  
GESTIONADAS POR EL CENTRO  
DE DIFUSIÓN EDITORIAL DE LA  
UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN  
INFORMES:  
[jaimemunoz@iberotorreon.edu.mx](mailto:jaimemunoz@iberotorreon.edu.mx)

# Acequías Índice

Número 79, mayo-agosto de 2019

Universidad Iberoamericana Torreón  
Guillermo Prieto Salinas, SJ  
Rector

Lorena Giacomán Arratia  
Directora General Académica

José Francisco Méndez Alcaraz, SJ  
Director General Educativo

Jaime Muñoz Vargas  
Coordinador del Centro de Difusión Editorial

Jaime Muñoz Vargas  
Revisión y edición

Laura Elena Parra López  
Raúl Alberto Blackaller V.  
Daniel Lomas  
Andrés Guerrero  
Comité Editorial

Edición Otoño 2019. Octava época, año 22. Revista de divulgación publicada y distribuida por el Centro de Difusión Editorial de la Universidad Iberoamericana Torreón. *Acequías* aparece tres veces por año. Sugereencias y colaboraciones: Centro de Difusión Editorial, Universidad Iberoamericana Torreón, Calzada Iberoamericana 2255, C.P. 27020, Torreón, Coahuila. Edificio F planta baja. Teléfono: (871) 705 10 10 ext. 1135. Correo electrónico: [publicaciones@iberotorreon.edu.mx](mailto:publicaciones@iberotorreon.edu.mx) Número de reserva al Título en Derechos de AutoRP: 04-2006-032716162900-102. Número de Certificado de Licitud de Título: 10825, y Número de Licitud de Contenido: 8708, otorgados por la Secretaría de Gobernación. Las opiniones de los colaboradores no representan la postura institucional de la Universidad y son responsabilidad de los autores.

Versión en línea:  
<http://itzel.lag.uia.mx/publico/publicaciones.php>

- 2 Editorial
- 3 **Violencia contra uno mismo: juventud y suicidio**  
Laura Elena Parra López
- 10 **Yolanda**  
Coordinación Sistémica con Migrantes-SUJ
- 13 **El Estado criminal**  
Gerardo García Muñoz
- 16 **Un grito contra el racismo**  
Vicente Alfonso
- 19 **Cartas de una joven distante**  
María Rosa Fiscal
- 24 **El ciclo del héroe en *The Mexican Playboy* de Alfredo Véa**  
Fernando Martínez Caleano
- 28 **De *Intermitencias alfonsinas***  
Ignacio Sánchez Prado
- 33 **El vacío como apertura al misterio**  
Héctor Sevilla Godínez
- 36 **Genocidas en tiempo extra**  
Jaime Muñoz Vargas
- 38 **Bolígrafo**  
Daniel Lomas
- 39 **Un paseo por el monstruo**  
Aitana Muñoz Chapa



MANUEL RAMÍREZ ROVIRA (Chiapas, México, 1997). Actualmente vive en la Ciudad de México. Interesado en el periodismo, el cine y principalmente la fotografía, trabaja principalmente el blanco y negro para buscar juegos de luces, contrastes y actitudes humanas. Su propósito es captar instantes de la cotidianidad de la vida en la ciudad. Esta es su primera colaboración editorial.  
[manuel.rovir4@gmail.com](mailto:manuel.rovir4@gmail.com)  
Instagram: [@m4nuel\\_ram](https://www.instagram.com/m4nuel_ram)

# El vacío como apertura al misterio

Héctor Sevilla Godínez

Promover el vacío propio, a partir del dejar ir o el desapego, es un camino elegible. Sin embargo, las posibilidades que se derivan del vacío exigen incontables proezas y actos de valentía que no son accesibles para la mayoría de las personas. El vacío, cuando nos permite abrirnos al misterio, se vuelve una especie de meta espiritual, la cual precisa de ser promovida. Las recompensas por reconocer el vacío de las propias interpretaciones serán más abundantes si en vez de pretenderlas como premio son consecuencia natural de la propia búsqueda. Entendido así, el vacío no es derivado únicamente de la conciencia de nuestra ignorancia, sino que se obtiene tras la conciencia de tener que vaciarse de lo sabido.

Para lograr un vacío intencional no podemos exentarnos de buscar un adecuado desapego de aquellas cosas que, propiamente entendidas, son sólo una distracción. El desapego no es una separación radical de las cosas del mundo, ni de las personas; tampoco es ausencia de responsabilidad ante las obligaciones adquiridas, desentendimiento de los sistemas sociales o indiferencia frente a los sucesos que acontecen alrededor. El desapego es una actitud de desembarazo, de separación, de desvinculación sana. Estar apegado es suponer, o creer firmemente, que la felicidad de otros depende de lo que hacemos, que el bienestar ajeno está en nuestras manos, que los demás dependen de lo que podamos decirles, que su futuro está fusionado al modo en que los guiamos o de las conductas que realicemos por ellos. Cuando el apego nos vuelve miopes, no logramos percatarnos de que sustraemos el derecho ajeno a ejercer la responsabilidad. Nadie vive la vida de otro, al menos no sanamente. Soltar la necesidad de saberlo todo, así como dejar ir el interés de controlar la vida ajena es el comienzo de un camino de espiritualidad.

Del mismo modo, cuando una persona experimenta situaciones que no puede cambiar o que no están bajo su elección, le conviene desapegarse de la idea de que debe solucionarlas. Este tipo de apego se alimenta de la creencia de que las cosas y situaciones están forzadas a ser de la manera en que esperamos; el apego a las expectativas deviene en intolerancia e inflexibilidad ante lo que el día a día nos presenta. Liberarse de la culpa y de la sensación de responsabilidad ante lo

tensiona de maneras muy emocionantes su vocación clasicista. La forma en que lo leemos no ayuda. Un lector que genuinamente quiera leer a Reyes debe optar por una serie de obras completas invaluable para el especialista pero inaccesible para los demás (y que además nunca se puede conseguir en su totalidad porque no se reimprime lo suficiente), antologías temáticas que juntan textos de distintas épocas para hacerlo legible a costa de sacrificar la lúcida y meticulosa organización con la que Reyes editaba sus textos en vida, o ediciones intermitentes de sus libros que se pierden en la endémicamente pésima distribución bibliográfica en México. Como crítico tengo poca influencia en los derroteros editoriales de don Alfonso, pero al menos espero que los ensayos aquí incluidos sean contribuciones para leer de maneras originales los libros más familiares y de traer a la luz textos que se leen poco.

Se verá con frecuencia mi resistencia a considerarlo un pensador conservador, como a veces lo califica Adolfo Castañón, quien, por otra parte, es uno de los reyesistas cuya obra sobre don Alfonso me parece indispensable, y mi fastidio ante la noción de que Reyes no escribió una “obra maestra”, como le critica Hugo Hiriart, finísimo lector que, a mí parecer, se equivoca en esta valoración.<sup>4</sup> El Alfonso Reyes que leo y admiro no cabe en binarismos fáciles como “cosmopolita/nacionalista” o “conservador/revolucionario”, porque su afán de abarcar la totalidad de la producción intelectual en sus lecturas y reflexiones contradice su fácil acomodo en categorías definidas. Por otra parte, la noción de obra maestra como *summa* de los talentos de un escritor obstaculiza la lectura del genio que prolifera en el agregado de sus textos, la gran mayoría de ellos menores y de

ocasión, y que dicen más en una frase y hasta en un giro humorístico de lo que don Alfonso hubiera podido decir en una obra grandilocuente y totémica que hubiera estado en completa contradicción con la naturaleza y libertad de su intelecto. No obstante, mi punto aún en esta diferenciación es que la obra de Alfonso Reyes permite esta contradicción y la anima, y aquellos que nos dedicamos a su lectura podemos siempre generar lecturas que se contradicen entre sí y que debaten entre sí porque trabajamos en el terreno común de una escritura vasta, diversa, llena de productivas consistencias y aporías, e invariablemente generosa con sus lectores. Por esta razón, este libro no debe verse como un intento autorizado de imponer mis puntos de vista sobre Reyes, sino como una compilación de mis modestas contribuciones a la lectura de un autor que ha generado con el tiempo una comunidad de especialistas en su obra. Desde fundadores como Alfonso Rangel Guerra y James Willis Robb y los mencionados Castañón e Hiriart, pasando por Héctor Perea, Paulette Patout, Rafael Gutiérrez Girardot y Roberto Fernández Retamar, hasta lectores recientes como Robert Conn, Sergio Ugalde, Conrado Arranz o Gisella Carmona, e incluyendo a muchos otros nombres que sería imposible listar aquí, ser crítico de Alfonso Reyes implica el privilegio de participar de una comunidad material y simbólica con todo tipo de mentes críticas. En mi caso particular, una de las alegrías de trabajar con Alfonso Reyes emana de haberlo hecho en solidaridad generacional particular con otros tres críticos con los que converso con mucha frecuencia: Víctor Barrera Enderle, Marcos Daniel Aguilar y Sebastián Pineda Buitrago. Diferente como puede ser mi perspectiva respecto

a todos ellos, al leer cuidadosamente sus obras se ha reafirmado mi creencia de que pensamos mejor leyéndonos y trabajando en comunidad.

En este tono, dejo los textos que siguen, sin mayor justificación ni explicación. Cada uno de ellos tiene una nota editorial que da crédito a su origen y agradece a los que directamente animaron su escritura. Antes de cerrar, quiero agradecer profundamente a Antonio Ramos Revillas la oportunidad de publicar este libro en la Universidad Autónoma de Nuevo León, una de las editoriales a las que aspira un alfonsino. Agradezco asimismo a Jaime Muñoz Vargas su trabajo de edición. Y quiero reconocer que mi trayectoria trabajando con Alfonso Reyes tiene deudas inconmensurables con los tres mentores que me dieron a conocer tanto su obra como la base de las coordinadas críticas desde donde lo pienso y trabajo: Mabel Moraña, Pedro Ángel Palou y Adela Pineda Franco. Queda este libro como un corte de caja con la promesa de futuras ediciones que recopilen el trabajo que continúa y que comenzará a aparecer, quizá, poco después de la publicación de estas líneas.

## NOTAS

<sup>1</sup> Las ideas del capítulo uno de mi libro derivan de “Alfonso Reyes y el ‘duelo de la historia’” y las del capítulo tres de lo escrito en “El giro (post)humanista”. La otra parte del libro dedicada a Reyes, en el capítulo dos, describe la polémica de 1932. Los subcapítulos en cuestión pueden encontrarse en Sánchez Prado, *Naciones intelectuales*, 65-81, 113-20 y 147-66.

<sup>2</sup> Véase Pineda Franco y Sánchez Prado, *AR y los estudios latinoamericanos*, 5-14.

<sup>3</sup> Véanse los tres ensayos sobre el tema en Sánchez Prado, *Intermitencias americanistas*, 257-305.

<sup>4</sup> Para estos juicios, véase, respectivamente, Castañón, *AR. Caballero de la voz errante*, 456-57 e Hiriart, *El arte de perdurar*, 29-30.

## Héctor Sevilla Godínez

(Ciudad de México, 1976). Doctor en Filosofía por la Universidad Iberoamericana Ciudad de México. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores, de la Sociedad Académica de Filosofía de España y de la Asociación Filosófica de México. Ha publicado catorce libros y más de ochenta artículos. Profesor e investigador de la Universidad de Guadaluajara. hectorsevilla@hotmail.com

que a otros acontece es evidencia de desapego.

El logro del desapego coincide con una solvente disposición a soltar, dejar ir, cambiar, separarse del control. Evidentemente, implica permitir el silencio ante las voces internas (y obviamente las externas) que nos exigen resonantemente lo que deberíamos hacer. Un camino al desapego es silenciar la voz que solicita perfección, la que nos pide ser buenos, la que impone como requisito ser siempre como se espera, cumplir los deseos ajenos o superar los antecedentes de todo tipo. Una vida de liberación consiste en mantener callados los gritos internos que nos inducen aguerridamente a convertirnos en lo que los padres esperaban, a reducirnos en lo que la pareja idealiza, a cumplir con lo que los hijos exigen o mutarnos de acuerdo con lo que la sociedad, la religión o las instituciones plasman que debemos ser; todo ello es un primer paso para vaciarse sanamente, para soltar las ataduras.

En sentido estricto, actuar bien es seguir una forma más intuitiva, desprovista de tan innumerables condicionamientos como los que usualmente nos topamos. El regreso a la blancura original (volver a la fuente) es el sendero final que anhelan muchas de las personas que han transitado por los caminos de la búsqueda. Tal como propuso Martín Lutero, teólogo alemán, el estado de gracia implica más el ánimo de curar al espíritu enfermo y menos la adoración de héroes espirituales; se explica con esto que el estado de desapego, de vacío como meta, promueve la cercanía sana con la situación ajena y la oportuna sabiduría para retirarse cuando la labor de sanación corresponde a la otra persona. Aportar con libertad no es equivalente a la obsesión por el apostolado o la ayuda.



Saber que compartimos con el otro la condición de estar velados al misterio de lo que está más allá de la frontera de nuestra propia hermenéutica constituye una invitación a la solidaridad.

Bajo los parámetros referidos, la actitud voluntaria hacia el vacío se caracteriza por un espíritu humilde, lo cual, en palabras de Confucio, es lo que más se necesita para aprender. Contraria a la postura de libre fluir está la incontrolada urgencia por llenar todo lo que aparentemente está vacío. Precisamente, el llamado *horror vacui*, entendido como la

tendencia a saturar todos los espacios, es un obstáculo para lograr el vacío como meta, comenzando por el hecho de que si tal tendencia está presente no se podrá anhelar el logro del vacío. Cuando la persona teme al vacío, su obsesión por la saturación la conduce a que utilice cosas, actividades o personas, que compensen lo que ha percibido vacío en sí.

Shengzhao, monje budista de la dinastía Jin, manifestó en su libro *Zhao-lun* que todas las cosas son al mismo tiempo ser y no-ser, debido a que todos los fenómenos están condicionados y

nada existe por sí mismo, sino como una serie causal e interconectada de sucesos y situaciones. Las cosas existen en la misma medida en que no existen o, en su caso, no existen y no dejan de existir. Como carecen de una naturaleza propia son vacuas, tal como afirma la doctrina de Nagarjuna, el gran fundador de la escuela *Madhyamaka*. Cabe, por tanto, observar los sucesos de la vida cotidiana desde la lógica de la insustancialidad en la que están inmersos.

Observar la vacuidad implícita en los acontecimientos es una invitación saturada de posibilidades prácticas que puede incluirse en las intenciones de cada día. Epicteto, filósofo griego de la escuela estoica en el siglo I, consideró que los acontecimientos no son problemáticos en sí mismos, sino que nuestros pensamientos los dotan de problematización. Esto es particularmente valioso viniendo de él, sobre todo considerando que vivió gran parte de su vida como esclavo en Roma. La concepción de lo que nos rodea propicia el ingrediente específico a partir del cual saboreamos (valoramos) los acontecimientos. Que la aportación de Epicteto perdure luego de más de veinticinco siglos no es un hecho casual.

Asimismo, Viktor Frankl, psicólogo austriaco que vivió en un campo de concentración durante tres años, forjó la base de la logoterapia a partir de vivencias que a muchos otros condujeron al desánimo y la muerte. Cuando Frankl encontró un motivo por el cual construir un nuevo matiz a su vida logró sobreponerse a las contrariedades. A pesar de que Epicteto y Frankl están separados por casi dos mil años, coinciden en que toda liberación es antecedida por un ejercicio de significación cuyo punto de partida es vaciar las interpretaciones previas.

Cuando permanecemos en el supues- to de que sabemos el qué, cómo, cuándo y por qué de las cosas, estamos orillados a la estrechez de criterio. La sabiduría no implica estar provistos de acumulación o saturación de conocimientos, datos o información. Uno de los conceptos más significativos abordados por Shengzhao es el de *prajna*, que significa saber de los saberes. Paradójicamente, el *prajna* no asume conocimiento alguno de las cosas al aceptar que no contienen algo inherente, aceptando con ello que sólo tenemos acceso a cuestiones circunstanciales en el mundo de lo fenoménico. Visto así, la apertura al misterio inicia con no etiquetar lo tangible frente a nosotros, no sólo en desentenderse de lo que está fuera de nuestro alcance.

En una lógica muy similar, el místico vietnamita Thich Nhat Hanh utilizó

algunos textos del *Prajñaparamita* para referir que un *bodhisatva* (término sánscrito dado a quien busca la Iluminación) logra trascender el sufrimiento al darse cuenta del vacío de las cosas. Así, llegar a la otra orilla es la invitación del mantra de los *prajñaparamita*; el canal de traslado es la experiencia del vacío.

Lograr tales experiencias y asumir semejantes posibilidades se deriva de un ejercicio elemental: comprender la distinción entre la vivencia fecunda e infecunda del vacío. De esto deriva la actitud hacia la vida, la postura que tengamos ante aquello que permanece más allá de la frontera de nuestros saberes, y la manera en que nos relacionamos con quienes, como nosotros, están sumergidos en el velo del misterio ineludible de lo que permanece innombrable e incognoscible.

